

ESCENA XV.

EL PRINCIPE Y DICHOS.

CONDE.

(Aturdido.) ¿Qué dice este hombre?

TODOS.

¿Cómo? ¡El Príncipe de Soubise!

PRINCIPE.

(Aparte) He hecho cuanto ella ha querido, y al cabo no fué á mi casa.... ¡Se estará acaso burlando de mí!

CONDE.

(Humildemente.) ¡Oh Príncipe! cuánta satisfacción es la mía....

BARONESA.

(Bajo y tirándole de la casaca.) No es eso, no es eso, háblale en otro tono.

CONDE.

(Bajo.) Es verdad, la maldita costumbre.... (Alto y serio.) No puedo menos de extrañar, señor Príncipe de Soubise....

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Este estará ahora á matar conmi-

go, porque se ha quedado sin la legación! (Alto.) ¡Y bien, amigo mío, cómo ha de ser! ha sido un pequeño chasco para usted, pero....

CONDE.

¡Calla! ¡y todavía lo encuentra pequeño!

PRINCIPE.

Pero trataremos de repararlo, y....

BARONESA.

¿Y cómo?

PRINCIPE.

Fácilmente; en procurándole al Conde otra... dentro de algunos días.... en lugar de la que se le ha ido de entre las manos....

CONDE.

¡Otra! Pues me gusta la salida; como si mi casa fuera.... No señor, no señor, lo que yo quiero, es ella, ella....

PRINCIPE.

¡Imposible....! Si ya está dada....

CONDE.

Qué dada, ni qué tomada!.... yo no entiendo de evasiones ni de subterfugios.... Así, exijo de usted que vos presente ahora mismo....

PRINCIPE.

¿El diploma?

CONDE.
Esa joven desventurada que usted ha extra-
viado de la senda....

PRINCIPE.
(Vivamente.) Una joven dice usted.... ¿Con-
que hablaban ustedes de una joven?

CONDE.
De la senda del honor, de la virtud, de....
de.... En fin, de todas las sendas... y la que
confiada á nuestro cuidado....

PRINCIPE.
Pero, por Dios, ¿qué joven es esa?

CONDE.
¿Pues qué, no lo adivina usted? ¿No sabe usted
que hablamos de la infeliz Paulina, extraviada
por usted de la senda....?

PRINCIPE.
(Vivamente.) ¿De Paulina? ¿Y qué le ha suce-
dido?

CONDE.
Eso es, finja usted ahora que... cuando se ha
escapado en uno de sus coches de usted; cuan-
do....

PRINCIPE.
(Aparte.) ¿En mi coche? Sin duda nos habre-
mos cruzado en el camino.... Y estará ya es-

perándome.... Permítanme ustedes, corro á in-
formarme....

CONDE.
No tal, no tal.... es preciso que antes nos di-
ga usted en dónde ha escondido á su víctima...
porque usted es quien la ha perdido á la des-
graciada....

PRINCIPE.
(Con altivez.) Señor Conde..

CONDE.
Quien la ha arrancado para siempre de esta
casa....

ESCENA ULTIMA.

PAULINA, NICOLAS, MILORD Y
DICHOS.

PAULINA.
No lo crea usted, señor Conde.... Aquí me
tiene usted.

TODOS.
¡Paulina!

CONDE.
(Estupefacto.) Esta es otra que bien baila.

PAULINA.

Pero, señores, ¿qué es lo que he oído? ¿Será posible que haya quien se atreva á acusar al señor Príncipe de Soubise? ¿A calumniarle? ¿Y en mi presencia; cuando nadie sabe mejor que yo, lo noble, lo desinteresada que ha sido su conducta?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Caramba! y qué poco me gusta el introito de este panegírico.... Estoy por irme.

PAULINA.

No, Príncipe, no baje usted los ojos ni se ponga colorado, que nadie debe avergonzarse porque le digan lo que es cierto y justo.

PRINCIPE.

Bien.... Está bien.... Pero basta, basta por ahora.

CONDE.

(A Paulina.) Pero en fin, ¿qué es lo que ha hecho?

PAULINA.

¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho en beneficio mío, pobre huérfana, que no tenía otra recomendación á sus ojos que el recuerdo de los servicios de mi padre? Ha sido mi protector, mi apoyo; el guía que ha dirigido mi inexperiencia.... Ha querido, en seguida, asegurarme un porvenir, una existencia decente y venturosa.... (Bajando los ojos) porque con su gran pe-

netración había empezado por adivinar que yo amaba en secreto á una persona....

PRINCIPE.

(Con ceño y aparte.) ¡Cómo! ¡Amaba á otra persona!

BARONESA.

¿Conque adivinó que amabas en secreto á otra persona?

PAULINA.

Sí, señora.... adivinó que amaba.... á un joven de humilde, aunque de honrado nacimiento, sin amigos, sin medios de fortuna, pero lleno de esperanzas y de mérito.... y no sólo lo adivinó, sino que no paró hasta sacarle de su rincón, procurándole sucesivamente mil ocasiones de hacerse conocer, protegiéndole, ascendiéndole....

PRINCIPE.

(Aparte, mirando á Nicolás.) ¡Ah! ya empiezo á comprender....

PAULINA.

En suma, no ha descansado un instante en su empeño generoso.... tanto, que hoy mismo.... cuando ustedes le acusaban tan gratuita é injustamente.... era cabalmente cuando más se ocupaba de mí.... de mi felicidad.... cuando apresuraba mi boda... cuando vencía los últimos obstáculos.... cuando me prestaba, en fin, su propio coche para que nos condujera á la iglesia....

(Movimiento general) ¡porque de allí es, señores, de donde venimos en este instante.... y por eso tengo yo ahora el honor de presentar á ustedes á mi marido.... Mr. Rosier.

(Tomándole de la mano, y haciendo los dos una reverencia á todos.)

PRINCIPE.

¿Su marido!

(Nicolás le vuelve á saludar.)

PAULINA.

(Bajo.) No dirá usted, Príncipe, que no cuido de su reputación.

TODOS.

¿Su marido!

CONDE.

¿Conque te has casado?

PAULINA.

(Tímidamente.) ¿Qué quería usted que hiciera, señor Conde? Usted me había dicho que si no tenía hoy la habilidad de procurarme un marido, me pondría mañana en un convento.... y como ya sabía yo lo que era un convento, y no lo que era marido....

CONDE.

Pero ¿cómo te has casado?

MILORD.

Oh, muy bien.

NICOLAS.

Aquí, á dos pasos, en la capilla de San Luis.

MILORD.

La ceremonia que yo haber pagado para mí, haber servido á ellos.... y yo todavía haber querido ser padrino de ellos.... antes de partir para London.

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina, y amenazándola con el dedo.) ¡Ah cocodrilo! ¿y esa era la visita prometida?...

PAULINA.

(Bajo.) Quién dice que no le he hecho.... Con mi marido.... Su portero de usted le entregará nuestras dos tarjetas.

PRINCIPE.

(Picado.) ¡Oiga....! ¡Una visita de boda....! ¡Muy bien....! No se puede negar que harás una excelente diplomática.

CONDE.

(Que hablaba bajo con su hermana.) No importa, no importa.... siendo tutor suyo, jamás permitiré.... y no me llamaría Polidoro, Anacleto, Basilio de Bermanton, como me llamo.... si no hiciera mañana mismo anular el tal bodorio.

NICOLAS.

¿Y cómo? ¿Por qué?

CONDE.

Un miserable oficinista de mala muerte..

PAULINA.

Perdone usted, señor Conde.... mi marido ha sido nombrado, en esta misma noche, encargado de negocios en la corte de Sajonia.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

En efecto.... cuando estábamos en el consejo.... S. M. quiso.... (Con embarazo.)

CONDE.

¡Pues ésta sí que es más negra...! ¡Haber dado el destino que yo solicitaba, á un hombre obscuro, á un plebeyo!

PAULINA.

También está usted en eso equivocado.... porque el Rey lo había ennoblecido antes.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

Sí, sí, fué preciso....

CONDE.

Pero, señor, ¿es acaso creíble semejante cartilla de gracias, de nombramientos, de...?

PAULINA.

Y todo eso sin intrigas.... sin prostergar á nadie.... El mérito sólo de Nicolás.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Canario! ¡Esto es ya demasiado apretar!

CONDE.

(Encogiéndose de hombros.) Entonces..... y pues que no queda callejuela para impedirlo....

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina.) Me has embromado, picaruela.... Pero no importa.... Ya nos volveremos á encontrar; porque te seguiré á Sajonia, y....

PAULINA.

(Sonriendo y un poco bajo.) No vamos por el mismo camino.... (Alto) porque á lo que nos ha asegurado en la iglesia Milord Kingston, puedo tener la satisfacción, Príncipe, de anunciar á usted que el Rey le ha confiado el mando del ejército que debe ocupar el Electorado de Hannover.

MILORD.

Yes, yes; el Embajador ha dicho esto á mf, tomando los dos el té.

PRINCIPE.

(Con alegría.) ¡Será posible!

NICOLAS.

Sí, señor, la gloria le espera á usted allí, con treinta y cuatro mil hombres.

PRINCIPE.

(Frotándose las manos.) Bueno.... Inmejorable.... Ahora verán los señores ingleses, si soy ó no de papel de estraza.

ABATE.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡cuántos sucesos en poco más de dos horas!

OFICIAL.

¡Una guerra declarada!

CONDE.

¡Que puede comprometer el sosiego de toda la Europa!

BARONESA.

¡Y quizá el favor de mi querida parienta....!

PRINCIPE.

¡Haber obtenido yo el mando de un ejército!

NICOLAS.

¡Y yo una legación!

PAULINA.

Y yo un marido.

CONDE.

Y yo.... nada.

PRINCIPE.

Ahora bien.... y todo eso por qué? Haganme ustedes el favor de decírmelo.

PAULINA.

Porque una chiqueta de diecisiete años tomó la costumbre de asomarse á aquella ventana todas las mañanas....! ¿Pero, se sabe acaso muchas veces, en este mundo de títeres, QUIEN MUEVE LOS ALAMBRES?

